

Carmen Covito
Historias en la Web

traducción

Grupo de investigación Universidad Complutense de Madrid.

www.ucm.es/info/italiano/

Edizioni d'Autrice

Historias en la Web

¿Es que alguien estuvo en la luna?

tr. Alejandra Matamoros Fernández

Estoy espiando a través de un agujero por entre los arbustos. No me resulta nada fácil, con todas estas ramitas que tienden a proyectarse hacia fuera como agujas espinosas que apuntan a los ojos. Una poda mal hecha. De todas formas, el problema más serio, las rodillas, ya está solucionado: no las siento desde hace media hora. Bien. La insensibilidad me ayuda a concentrarme en la casa. En el chalet, mejor dicho. Y en el jardín, abedules. Pero Lisa no tiene la culpa. Ella no es la responsable de las lamparitas en el césped ni de la antena parabólica plantada en el techo como... ¡Por fin! Ahí está. Se acaba de abrir el portón blindado y allí está ella, aquí, a tres metros de mí, que me emociono, pierdo el equilibrio y me clavo las espinas en la cara y... Ha faltado poco. Crujido de rótulas como un disparo de fusil en el silencio. Pero ella no se ha dado cuenta. Está mirando la Luna. Venga, bonita, acércate un poco más, baja esa dulce cabecita un poco más, sí, así, ven, dos pasos más.... ¡Pero bueno! Venga ¿cómo haces para no darte cuenta? Justo ahí, entre Doc y Mudito debería estar Dormilón ¿no ves la tierra recién excavada, toda negra? La ha notado. Acaba de recoger la octavilla. Lo orienta hacia la luz de una de las lámparas. En negrita está escrito “Comité de Liberación de Enanos de Jardín”, por lo que debería reaccionar enseguida, a menos que la chica haya crecido tan mal que... ¡Se está riendo! Gracias a Dios, se está riendo. Ahora me siento mejor. Se me ha deshecho el nudo de preocupación que me estaba presionando la garganta y me provocaba una molesta acidez. Pimientos al comino. En un

rincón de la mente, me repito que debería dejar ciertos experimentos que resultan pesados. A mi edad, cómo se me ocurre intentar aprender nuevas recetas tailandesas estivales, ¡y encima de cena! Pero estaban ricos. Y lo que me he divertido antes, deslizándome bajo el agujero de los arbustos, con la pala de acampada que recuperé del trastero de los recuerdos de mi juventud...

“Papá, venga, sal, que sé que estás por aquí”.

Salgo. Más bien, empiezo a enderezarme lentamente apoyándome en un enano de yeso que he liberado con habilidad del jardín del nuevo marido de mi ex mujer, un garrulo de la *Lega* lleno de una ambición de pacotilla. Y al parecer está forrado, el pequeño empresario celta. Si yo tuviera todo ese dinero, sabría utilizarlo con clase, todo, pero está claro que esa comparación jamás podría realizarse, porque yo no evado los impuestos con mi sueldo de profesor de primaria... ¡Ay mi espalda! Venga, con cuidado, con mucho cuidado... Supongo que Lisa también cuenta como recuerdo de juventud. O casi. Cuando me rendí a la idea de concebirla, yo rondaba los treinta años... Bueno, los treinta y cinco, vale. Ella ahora tiene dieciséis. Y la malvada de su madre dice que si me la dejara ver más a menudo acabaría corrompiéndola. ¡Yo! Me he pasado una tarde entera escribiendo ese estúpido panfleto didáctico con el que ahora mi niña se divierte tirándomelo a la cara, a la vez que susurra: “Papá, qué tonto eres. Si llega a salir otro en mi lugar, ¿qué hubieras hecho? ¿Y aquí qué quiere decir esto de “Los de la aldea, *luchamos* por una ecología estética”, eh?”

“Era *luchamos*: un error de escritura” le susurro como respuesta, “y además a esta hora tú eres la única que sale al jardín”.

“¿Con que ahora espiamos, eh? ¿Siempre? ¿Cuándo?”

“Desde hace tres días” confieso poniendo el enano en su sitio. “Y no te estoy espiando, es solo que el otro día pasaba por aquí y, bueno, tenías una carita... melancólicamente romántica, eso. ¿Algo va mal con tu noviete?”

“¿Por qué no te metes en tus asuntos?”, dice mi hija, y parece enfadada de verdad, pero luego, como discutir en voz baja es casi imposible y si no hablamos bajo los que están en la casa nos oyen, acabamos sentándonos en el césped húmedo. Un cuadro idílico de padre e hija en armonía sobre la pradera estilo inglés. Hay un silencio perfecto. Por otra parte, si Lisa me dijese, por ejemplo, que su novio es un drogadicto seropositivo con dos cabezas y sin título, lo único que yo podría hacer es sonreír e intentar convencerla de que, quizás, no fuese una elección sensata. Menos mal que ella va de casa al colegio (instituto técnico para la organización empresarial, qué se le va a hacer), y es correcta, obediente, respeta las reglas y... Desconcertado por pensar que estaba a punto de añadir “mediocre”, levanto la cabeza, veo la luna enorme colgada sobre nosotros y me pongo a hablar sin ton ni son.

“¿Sabías que yo estaba allí? El 20 de julio de 1969. El Apolo XI. Cuando Buzz Aldrin estaba en el módulo de desembarque Eagle y el comandante Armstrong daba su paseo por la Luna, con aquella hermosa frase retórica: “un pequeño paso para el hombre, pero un salto gigante para la humanidad”. Tendrías que haber visto qué tiempos aquellos, también para nosotros, los de provincias, en aquel asco de provincia inmovilista, que dos años después dejé para venir a trabajar al norte. Parecía que íbamos a ser capaces de cambiar todo, absolutamente todo, y, ya sabes, también ese paso fuera de nuestro viejo mundo era, bueno, a su manera, una revolución. Por eso nos conmovía ver a un hombre, solo, torpe, metido en su escafandra de millones de dólares como si fuera la armadura de un

caballero errante, pegando saltitos allí arriba... ¿Pero qué estoy diciendo? Lisa, eran dos, porque después de Neil Armstrong bajó también Buzz, y aunque en las fotos sus caras no se ven porque los cascos reflejan la luz, el que estaba al lado de la bandera americana plantada en la Luna es él y, ¿te acuerdas de la huella humana impresa en el polvo lunar? Yo prefiero la fotografía de Armstrong en la escalerita, es más documental; pero la huella se ha convertido en la imagen con más fuerza, la más simbólica, porque no importa si la huella es del primero o del segundo...”

Nadie se acuerda de que en el Apolo XI había un tercer hombre, pero yo sí. Se llamaba Michael Collins, era el piloto de la nave nodriza *Columbia*, estuvo todo el tiempo en órbita. Pero no pudo pisar la Luna, solo girar alrededor, él, al igual que yo he girado alrededor de la vida... Pero esto no se lo puedo decir a Lisa. “Fue fantástica aquella larga noche insomne delante de la televisión esperando la conexión con Houston” -le digo en cambio- “en la que Ruggero Orlando y el otro, cómo se llamaba, ¡Tito Stagno! desde el estudio de Roma no conseguían ponerse de acuerdo: “ha tocado”, “no ha tocado”, “¡te digo que ha tocado!”. Y bueno, ha sido importante para la historia de nuestro siglo. No hemos conseguido mandar la fantasía al poder, pero enviar a un par de americanos a la Luna sí...” “Pero no fueron a la Luna de verdad”, dice Lisa.

“¿Qué?”

“¿Fue un simulacro, no? Como Auschwitz. Es todo falso. Hicieron lo mismo también con ese supuesto desembarco en la Luna. Tú y los demás tontos que estabais delante de la televisión os creísteis la historia de los astronautas; y en cambio, ellos estaban en un estudio televisivo en alguna parte de América. Lo dice el marido de mamá, él lo sabe, ha encontrado en el quiosco un vídeo que explica todo”.

Me debí de quedar boquiabierto un buen rato, porque Lisa asumió una expresión de preocupación y después me susurró: “Mañana se lo quito y te lo presto, ¿vale?”

No podía no hacerlo. Ejerciendo sobre mí una violencia extrema, yendo contra mis convicciones más profundas, con la muerte en el corazón y con un ruido de motores como misiles en mi cerebro, le di una bofetada. Y empecé a gritar con todas mis fuerzas: “¡Ya lo veréis! ¡Mañana iré a ver a mi abogado! ¡Recurriré al tribunal de menores! ¡Esto tiene que cambiar! ¡Criminales! ¡Nazis! ¡La educación de mi hija es cosa mía!”

Esta vez, no. Esta vez no me rindo. No pasarán. He cedido en todo, cada vez más, durante años he regalado como si nada mi papel político de varón, mi papel social de docente progresista de educación primaria, mis viejas esperanzas, mi dignidad. Pero ahora, mientras el chalet del evasor explota de repente en luces, y se transforma en la nave espacial del *Independence Day*, grito mi “¡basta!”. Y no me echo atrás: yo, a esos, no les quiero dar la Luna. Otro holocausto, no.

Bi-sex más uno

tr. Alicia Casado Jiménez

Ven conmigo. Soy el hombre con él que toda mujer sueña, y soy tuyo, tu príncipe azul para los momentos de relax. Me puedes llamar simplemente Azul, es más informal y va a juego con el color de mis ojos, ya sabes, ese azul tan particular que la piel bronceada aclara, resaltando transparencias de hielo fascinantes. Pero no seré nunca frío, contigo. Los únicos escalofríos que te haré sentir centellearán en ti por el contacto casual –así, sabidamente casual- de mis dedos distraídos, o quizás no tanto, sobre una parte inocente de tu cuerpo, un hombro, un lóbulo, la nuca, la raíz de tu espalda desnuda o, distraídamente, el dorso de tu mano. Así la primera vez. Después, cuando me quite las gafas para besarte... Oh sí, soy un poco miope, ese poco suficiente para darme un cierto tono de estudioso y para convencerte, ya a primera vista, de que esta bronceada estatua de espléndidos músculos no está hueca. Sé que una mujer, hoy en día, no se contenta con las apariencias. Y yo tendré el valor de dejarte entrar en las profundidades de mis pensamientos, por ti dejaré al desnudo mi alma, o mis entrañas, si me prefieres más realista. Seré sensible y tierno. Pero cuando lo necesites, encontrarás dos grandes hombros en los que apoyarte, un carácter sólido como mis admirables bíceps. Mido un metro ochenta, hago deporte y no hablo mucho. Tengo el vientre plano, las nalgas duras. La curva de mi torso te servirá como dócil silla de montar cuando quieras desnudarme y cabalgar. Luego, enfurecido de mentira, te daré la vuelta mientras ríes y gritas de falso miedo y empujas con tus manos mi frente,

que toma posición sobre la blanda almohada de tu pubis, y al mismo tiempo me retienes enredando los dedos entre mis cabellos, guiándome. Seré hábil. Enloqueceré durante mucho tiempo. ¿Te va?

Segundo nivel: para él

¡Hola! Me llamo Mujer, soy la chica de tus sueños. ¿Has visto qué tetas? Una cosa bárbara, mi gatito, todo natural, nada de silicona, y esta talla 100 es toda para ti, para el semental preferido de Miss Superbuenorra, venga, hazlo lo mejor que puedas, rápido, te estoy esperando aquí... Oh no, se lo ruego, no lo haga, soy sólo una chiquilla, no lo he hecho nunca con nadie, e incluso si usted es tan resuelto y atractivo, no, no, no puedo, no aquí de esta manera... Mi lencería preferida es susurrante y cara, me vuelven loca los lazos, el encaje y la seda que se desliza sobre la piel caliente... Soy profesora de matemáticas, sólo llevo puestos una gota de perfume y tacones de aguja, malote, ¿has aprendido la lección? ¡Tonterías, oh, cuántas tonterías! Soy tu tita, ahora te meto en la cama y, mientras comienzo a quitarme las braguitas, te cuento el cuento de Caperucita Azul... *Azul, amor mío, ¡Socorro! ¿Dónde estás? ¡Ven a rescatarme!* Soy una secretaria muy eficiente, soy una guarra, soy una señora de bien, soy tu puta, soy una monja, *basta, ¿pero qué queréis de mí? no puedo más, yo soy yo y quiero a Azul, le quiero, le quiero...*

Universal Juegos, mensaje interno: de Roberto Piras a Magda Colombo.

Fea imbécil, ¿qué lío me has hecho? Hasta hace cinco minutos Mujer funcionaba estupendamente, y ahora se ha vuelto loca, dice cosas que no tienen ni pies ni cabeza y hasta pide ayuda a tu príncipe Azul de las

narices... Rectifico: imbécil yo, por permitir a una programadora incompetente meter las manos en MI parte del proyecto. Ven aquí inmediatamente y, sea lo que sea que hayas metido en mi ordenador, ¡sácalo!

Robbie The Sardman

Universal Juegos, mensaje interno: de Magda Colombo a Roberto Piras.

¿Estás loco? Yo en tu ordenador no he metido nada de nada. Si Azul funciona y tu Mujer no, será que el programador incompetente eres tú. Además de incorrecto. El simple hecho de que hayamos quedado para cenar un par de veces no te autoriza a insultar a una compañera de trabajo de tu mismo rango.

Magda Magdó

Universal Juegos, mensaje interno: de Roberto Piras a Magda Colombo.

Está bien, de acuerdo, retiro lo de “fea imbécil”. Eres guapísima. Pero, por favor, Magda, mira que, si este “Bi-Sex” de las narices no está listo para la reunión de pasado mañana, nos despiden a los dos, así que ¿qué me dices de venir un momento a mi despacho para echarle una ojeada? Mujer está hecha un auténtico lío y, vale, quizás tú entiendas mejor dónde me he equivocado.

Robbie The Sardman

P.D. - ¿Lo que pasó la otra noche tú lo llamas “quedar para cenar”?

Universal Juegos, mensaje interno: de Magda Colombo a Roberto

Piras.

¡Anda mira! No me esperaba que fueras el campeón mundial de bajarse los pantalones. Aunque habría debido sospecharlo, dada la velocidad con la que te los bajaste la otra noche. Acepto tus disculpas. Tienes razón. En lugar de discutir por correo electrónico interno, es mejor que arreglemos el trabajo lo antes posible. Acabo aquí y voy para tu despacho.

Magda Magdó

P.D. Tienes razón también en lo de la cena de la otra noche. Me parece que el término técnico es “petting pesado”.

P.D.2. ¡Hey! Tengo una idea sobre cuál puede ser el problema de Mujer. Debes haberle dado demasiados parámetros. Típico de vosotros, los hombres: no sabéis lo que queréis y, nosotras pobrecitas, nos tenemos que cargar con una cantidad de modelos femeninos entre los que podáis elegir. Es comprensible que después una acabe confundida y se agarre al primer hombre sensato que se le pone a tiro. Voy enseguida.

Estrictamente reservado a la dirección de Universal Juegos Ltd.

Objeto: análisis psico-relacional de la compatibilidad entre programadores masculinos y femeninos en la creación de un videojuego para parejas adultas

Ayer, martes 25 de mayo de 1999, he concluido felizmente mis observaciones sobre los dos sujetos involucrados en el experimento “Bi-Sex”. Les hago saber, con todos mis respetos, que tendría derecho a una

bonificación ya que dichas observaciones se han alargado hasta bien fuera del horario de oficina. Como inspector, cercano a la jubilación, me siento además en el deber de repetir que la idea de hacer trabajar a dos buenos programadores en un falso proyecto, con el único objetivo de verificar su productividad, es especialmente estúpida. Ha llegado a mis oídos que el compañero Gerace, promotor de esta increíble pérdida de tiempo y dinero, sostiene que puede sanar los daños produciendo de verdad el videojuego “Bi-Sex”, posibilidad sobre la cual me permito expresar mi más enérgico desacuerdo. De las últimas encuestas de mercado se deduce que ninguna pareja media compraría un videojuego en el cual él y ella puedan interactuar, respectivamente, con la mujer y el hombre ideal. Ambos, me refiero al hombre y la mujer reales, se sentirían celosos y humillados, circunstancia que esta humilde persona ha podido comprobar en un lejano pasado, por desgracia, con algunas mujeres más bien alegres. No es para nada excitante. Al menos que nuestra respetable empresa no quiera dejarse llevar por la insensatez del joven Gerace al plano del mercado sadomasoquista, hipótesis que descarto por poco rentable. En cualquier caso, los dos sujetos, Piras y Colombo, se reunieron a las 15 horas en el despacho de Piras y, sin problemas y con esmero, trabajaron en el perfeccionamiento de la parte femenina del inútil videojuego. Por lo que he entendido, la susodicha “Mujer” había contraído un virus que la Colombo denominaba “autoconciencia”; virus que, citando a Piras, “le había hecho enamorarse como una loca de” -pido disculpas- “el gilipollas de Azul”. El problema ha sido resuelto en aproximadamente cuarenta y cinco minutos. Después los dos programadores, que como de costumbre ignoraban estar bajo constante observación, lo han celebrado con entusiasmo y, me atrevería a decir que de manera conmovedora, hasta las 23:50, hora a la que se han dormido en el suelo agotados, y yo también en el armario de la limpieza. Al despertar he procedido, en primer lugar, a la limpieza de los

inevitables fluidos orgánicos que la observación me ha forzado a esparcir en dicho armario. Pero no he podido hacer nada por los pantalones de mi traje gris, casi nuevo, por lo cual me pregunto si no tendría derecho al reembolso de los gastos de lavandería. Adjunto mientras tanto las grabaciones de audio y video, de las cuales se puede deducir que las relaciones sexuales entre programadores no perjudican la eficiencia de su trabajo, sino más bien, la resistencia física de los inspectores de mayor edad. Para aclarar cualquier duda y, motivado únicamente por mi entera dedicación a los intereses de la empresa, me declaro desde este momento dispuesto a repetir el experimento con una segunda pareja de programadores. Si es posible, a ella la querría rubia.

Gian Antonio Marin

Inspector de producción.

El elixir de Cambise

tr. Esperanza Gómez Nebreda

A los ojos de sus vecinos, la jornada normal de Camilla Cambise se presenta *grosso modo* de la siguiente manera: a las nueve y cinco, las persianas eléctricas de su casa del tercer piso, se abren una tras otra. Son dos en total, la de la habitación y la del cuarto de estar, pues la ventanita del pequeño baño y la de la cocina dan a un patio interior y no son visibles. Durante una media hora, un fluido de música rock desciende por el patio, es Radio Eurasia Durísima. ¿Te has fijado en lo rara que es la vieja? Tiene gustos musicales que no tienen nada que ver con su edad, pero hay que admitir que el volumen es bastante bajo. Hacia las nueve y media, diez menos veinte, llueva o haga sol, la señora Cambise sale del portal de la escalera B, atraviesa el patio y va, modesta pero impecablemente vestida con vestiditos de flores o con un austero abrigo negro, según la temporada, a comprar los periódicos y a leerse los al bar, habitualmente al Bar Ciro pero los martes, que es el día de cierre del Ciro, al Gran Café Roxane, un poco más caro.

Antes de la jubilación, probablemente, la señora Cambise ha sido profesora, o quizás trabajaba en un banco, quién lo sabe, pero en cualquier caso debe de haber tenido algo que ver con las letras, si no, no derrocharía tanto dinero en periódicos, ¿no?, y no estaría divorciada, viuda o soltera o, en cualquier caso, no estaría tan sola como para perder mañanas enteras en el bar, bebiendo a pequeños sorbos un único café y un gran vaso de agua sin gas. De vez en cuando levanta sus gafas de lectura y las coloca sobre

sus cabellos, grises y mal cortados, para mirar un poco a su alrededor y dirigir gestos de reconocimiento a las caras habituales del barrio; pero nadie la molesta nunca. A las doce y diez, minuto más minuto menos, cuando los camareros preparan bocadillos calientes para la pausa de mediodía de los oficinistas, la señora Cambise amablemente deja libre la mesa, después se la ve acercarse o al supermercado o al *take-away* chino o, con más frecuencia, a la charcutería-asador “El pollo de Oro”, que en caso de necesidad también puede llevar las compras a domicilio. Con sus paquetitos de la compra, ahí la tienes volviendo a casa y, salvo que hacia las cinco de la tarde coja el tranvía que la lleva al centro -¿va al cine?, ¿al teatro, ¿a escuchar alguna conferencia? El hecho es que sale, como mucho, dos veces por semana-, nadie la verá volver a atravesar el patio o asomarse o reaparecer de algún modo en su piso hasta las nueve del día siguiente. Los únicos signos de su existencia son, por la tarde, los inicios esporádicos de una música, que baja enseguida y una luz encendida a la caída del sol. Después, mientras la tarde se transforma en noche y sobre el patio descende un silencio opaco, de las cortinas bien cerradas de su cuarto de estar puede escaparse al exterior una risita extraña. ¿De qué se reirá ella sola? Desde su ventana, hasta que hacia las tres de la madrugada, el ruido fastidioso del motor eléctrico señala la bajada de las persianas, se puede ver cómo se filtra el color azulado de un video. Pero desde hace seis meses, o quizás siete, nadie ha percibido que de su piso, ni siquiera a un volumen mínimo, salga ningún sonido de película ni de programa de televisión. ¿Camilla Cambise habrá querido meterse a fondo en su papel de vecina perfecta y pasar las tardes con unos auriculares puestos?

Sí, es así, o casi. Desde hace seis meses Camilla dedica su tiempo a un videojuego y lo hace con los auriculares puestos, porque al principio le daba un poco de vergüenza. Todos esos ruiditos sintetizados, los gorjeos, los chilliditos y sobre todo los estampidos, la hacen temblar incluso ahora,

porque llegan siempre de repente, y Camilla ríe y aparta un milímetro los auriculares de las orejas, sacudiendo ligeramente la cabeza. Había comenzado, por consejo del médico, con un juego para *playstation*. Parecía que esos movimientos rápidos de los dedos y de la muñeca sobre el *joystick* eran un remedio de eficacia segura para entrenar los reflejos y retardar la esclerosis, pero se sentía muy incómoda al estar así, abriendo fuego a cada mínimo movimiento de la pantalla. Una vez comprendido el mecanismo, no había juego. Y, además, en cuarenta años de honorable servicio en los “Fusileros Especiales Antirrabia” y pese a sus tres medallas de oro en los campeonatos entre los distintos cuerpos de Tiradores Selectos, Camilla no había encontrado nunca divertido matar. Todos aquellos pobres zorros, todos aquellos perros con las fauces llenas de espuma y los ojos tristes, y, en el tiempo de la Gran Epidemia, todos aquellos chicos y chicas gritando... Después de los dos primeros casos de estudiantes rabiosos, Camilla se había preguntado por qué sus superiores no habían sustituido las balas normales por algo menos letal, y al tercero, se había atrevido a presentar formalmente la petición de volver a utilizar las jeringas de somnífero, que ya se habían utilizado en el caso de un valioso elefante del zoo. Pero por vía jerárquica le había llegado la orden de poner menos dificultades y, confidencialmente, le habían explicado que cualquier demostración de sensibilidad, aunque humanamente comprensible, era muy peligrosa. Se trataba de una cepa de Rabia Política tremendamente contagiosa, irremediablemente virulenta e incurable. Abatir a todos los individuos infectados era una necesidad odiosa, dirigida a salvaguardar la parte todavía sana del país. Así que Camilla actuó con un sentido del deber bien arraigado también en aquella campaña; aunque en los años siguientes, a medida que se acercaba a la edad de jubilación, cierto atisbo de duda comenzó a aflorar y, si no llegó a hacerle temblar la mano en el gatillo de verdad, sí que alguna vez alteró la precisión de su mira hasta dejar escapar

uno o dos zorros con la piel un poco chamuscada. Por eso Camilla no puede divertirse eliminando extraterrestres y monstruos a tiros. Le resulta demasiado fácil y, desafortunadamente, la lleva a sentirse joven.

En la tienda a la que volvió con la esperanza de cambiar el juego por otro, un amable dependiente le informó de que la compra ya estaba hecha y que tenía que quedárselo, pero ¿por qué no pensar en una pequeña inversión suplementaria y ampliar la gama de juegos para PC? Con una buena máquina, su nieto podría ir más allá de los juegos. Camilla, nieta de sí misma, se rio socarronamente, pero cedió. Y no se ha arrepentido. Una vez instalado el ordenador y ojeadas algunas *demo*, ha dado enseguida con este juego de simulación que, desde hace seis meses, la está absorbiendo con gusto. Se titula “Si yo fuese Dios” y consiste en la creación de un mundo completo. No muy grande; en realidad, el planeta tiene solamente un par de continentes un poco alejados en el Océano Total, y algo más grandes que un islote. Pero a ella le sobran. ¡Hay tanto que hacer!

Al principio, encantada con la belleza de los paisajes desnudos, Camilla avanzaba lentamente: cielos altísimos sin sombra de nubes se irisaban de reflejos rojos y amarillos proyectados desde las tierras desiertas, y reflejaban el azul profundísimo de las aguas sin vida. Ella miraba, orgullosa de su dominio de los gráficos y de las destrezas conseguidas; le gustaba aquel mundo de polígonos que, combinados en finas tramas, generaban formas cristalinas y tridimensionales. No le desagradaba que los únicos ruidos fueran el dulce silbido del viento y la cíclica respiración de las mareas. Casi con desgana comenzó a reagrupar alguna macromolécula, pero, ya sabemos que después las cosas se te van de las manos, y de las proteínas pasa enseguida a los protozoos. Casi sin darse cuenta, se había encontrado llena de dinosaurios, y ya algún mamífero gateaba por ahí

escondiéndose entre los matorrales. Era hora de actuar de manera razonable y comenzar a jugar en serio.

“Si yo fuese Dios” -que en las versiones más conocidas puede llamarse “Populous” e incluso “Civilization”, y que sustancialmente no es un juego diferente del conocido “Sim City”- tiene el simple objetivo de crear de la nada un simulacro de humanidad mejor, equilibrada, estable, armoniosa, posiblemente justa. En seis meses Camilla ha obtenido ya algún resultado interesante en su continente mayor, que por un cierto gusto de autoflagelación ha llamado Zorricia. Los seres humanos aquí han superado rápidamente la fase de las guerras tribales y están desarrollando una buena tendencia a la cooperación. Tienen federaciones de ciudades, escuelas, teatros, hospitales eficientes, espléndidos parques públicos poblados de deliciosos zorros, tanto rojos como plateados. De vez en cuando, algún ciudadano muere todavía de rabia, pero solo por razones que Camilla encuentra deliciosamente infantiles. Un individuo, por ejemplo, ha muerto porque los demás no le han dejado decorar con la pintura de su poema, que en realidad no era tan feo, el Comedor Colectivo. Sin embargo, en Distopía, el continente pequeño, Camilla está llevando a cabo los experimentos más audaces. Las dos poblaciones limítrofes pero rigurosamente separadas de Hermafroditas y de Amazonas, van tan de acuerdo que han inventado por su cuenta las Olimpiadas Sexuales Distópicas, un fantástico rito deportivo que prevé el encuentro periódico y pacífico de todos los individuos adultos, y que arranca a Camilla las risotadas más convulsas. En materia de sexo ella no tiene mucha experiencia: cuando se es Tiradora Selecta, tener relaciones personales puede resultar difícil porque los hombres o ya se han escapado o justamente están apuntando a otro lado. Y ella de mayor, de no en no, ha acabado por encontrarse sola, sabia y amargada, es decir en las condiciones ideales para representar el papel de Dios. Zorricia y Distopía son su venganza cotidiana, la curiosidad que la arrastra, su elixir de vida

plena. Tanto más desde que, dos veces por semana, Camilla ha comenzado a asistir a las reuniones de un grupo de aficionados que, con su diario de creación bajo el brazo, se juntan en el Centro Social Pox para comparar sus respectivos mundos. Cada mañana, todos, lo mismo que ella, estudian con atención las noticias económicas y políticas para extraer algunos principios generales y aplicar a sus pueblos lo contrario. Como ella, todos saben que el simulacro no es nada más que un juego ocioso; y sin embargo, se acaloran, discuten, manifiestan los síntomas de una Rabia Política atenuada y confusa pero no muerta. Camilla se siente contentísima de haber descubierto a tiempo “Si fuese Dios”. A falta de este potente antídoto, gente como el señor Expósito, ingeniero en paro, o como el eterno estudiante de cuarenta y tres años, Emilo Zork, o como prácticamente todos los amigos del pequeño grupo, ya se habría asomado un día a la ventana para, de forma totalmente inesperada, ponerse a disparar al grupo de vecinos del inmueble. Ninguno de ellos habría hecho blanco. Pero ella, sí.

El amor hoy en día

tr. Cecilia Noemí Príncipe

Hoy, miércoles, hacia las tres de la tarde, me he dado cuenta de que estaba intentando hablar conmigo misma. Y sí, en la mano izquierda el móvil, el teléfono fijo en la mano derecha, y yo que decía: “¿diga?”, y allí me he quedado con una sonrisa de circunstancias entre los dos micrófonos. No se escuchaba nada. He pensado: “pero mira, que no hay nadie...” y mientras lo pensaba me he dado cuenta de lo absurdo. Me he preocupado. He dejado caer el móvil sobre el escritorio. Después me he alejado sin quitarle ojo, he estirado dos dedos y lo he apagado. He marcado rápidamente desde el fijo, el número de Werner. Aunque ya no sea mi psicólogo, porque desde hace tres meses se dedica a la meditación trascendental y ha dejado de ejercer, no sabía a quién contar lo que me pasaba. Pero me daba ocupado. Le he enviado un mensaje urgente a su correo electrónico: “Me estoy volviendo loca, auxilio”. Eso lo iba a ver, seguro. Y de hecho, no habían pasado diez minutos que ya me estaba llamando.

“Julia, patita mía, deberías enamorarte”, me ha dicho sin rodeos, “es la mejor cura”.

Pues muy bien, he pensado, este no tiene ganas de perder el tiempo conmigo. Aunque él ya no sea mi psicoanalista, su contabilidad se la administro yo, siempre gratis, porque yo soy la mejor y la más cara administradora fiscal telemática del lugar, por eso no podía finiquitarme de esta manera.

“Pero, ¡ por favor, Werner! ¿De quién piensas que yo me puedo...?”

“Tienes razón”, dice él, un poco apurado: “Entonces, te aconsejo que tengas una agenda, es la segunda mejor cura”.

“¿Una agenda?”, le digo tontamente. “pero...las agendas las llevan los que están siempre de viaje, en cambio yo no voy a ninguna parte...”

“Eso es un vademécum, patita mía, yo digo una libreta, un diario. ¿Entiendes? Cómprate un cuaderno y lo escribes todo ahí. Hace milagros.”

“¿Escribir? ¿A mano? Pero...”

“Con una pluma. Cómprate una estilográfica. O arráncate una de las tuyas, patita tonta mía, que así lo haces antes. Y ahora discúlpame, pero tengo aquí a un joven adepto impaciente por comenzar la *sexión*...”

“... de meditación trascendental” he añadido yo automáticamente, aunque tal vez los puntos suspensivos no estaban y Werner había querido decir “una sesión de sexo” sin más. Un poco antes de que se cortara, o de que él colgara, se había oído como una pequeña carcajada, seguida de un grito contenido. Un joven adepto que sufre ya de impaciencia. Pero los asuntos trascendentes de Werner no son asunto mío. He vuelto a conectar el contestador, el fax y el servicio de mensajes automáticos; le he hecho una caricia a mi fiel ordenador, que roncaba; me he puesto la máscara anti-contaminación y las gafas protectoras, y he echado una carrera al hipermercado de la esquina.

Hay que correr, cuando se cruza la calle. Es más prudente. Al menos, así dicen los manuales de educación vial. Yo, gracias a mi trabajo, que puedo hacer desde casa, no necesito tener mucho contacto con el mundo exterior. Claro, me doy cuenta de que con un estilo de vida como el mío, corro el riesgo de quedarme sola...Pero sobre esto Werner se equivoca. Yo,

en cuanto a historias de amor, ya tuve muchas con mi ex marido, pues además de la mía con él, estaban también las suyas. Nunca entendí dónde ni cómo encontraba a todas aquellas mujeres. Después de la separación, intenté conocer a alguien yo también, por internet. Un par de veces me pareció sentir cierto cosquilleo, aunque después, generalmente, la historia se topaba con la dificultad de concertar una cita que no fuera solo virtual; porque yo hubiera estado dispuesta a arriesgarme, pero también me parecía justo que el pretendiente de turno se atreviera antes a dar los cuatro pasos necesarios. En fin, ¿por qué diablos tenía que ser yo la que moviera ficha para conocer a uno que ni se le pasaba por la mente hacerlo?

Hoy, de todos modos, había un solo cadáver en medio de la calle, y ni tan siquiera fresco, y no había ningún francotirador disparando desde los tejados, ni a la ida ni a la vuelta. Extraño. O la policía se había vuelto más eficiente, así de repente, o tal vez había hecho huelga un grupo de terroristas. Ya era hora. Los telediarios dicen que la gente ya está harta de tener que dejarse la piel incluso en los días de poca contaminación. De hecho, hoy se estaba muy bien fuera pues los tenues rayos de luz atravesaban suavemente la neblina. Llegué a las cajas del hipermercado sin haber sufrido ni robos ni asaltos. Y por fin encontré el cuaderno y el bolígrafo.

JUEVES

¡Una visita! Era, solo la hija de la vecina de enfrente. Pero, de todas formas, recibir a alguien es de una emoción tal, que cuando Samarcanda -la pobre niña se llamaba Samarcanda, tal vez por eso tiene ese aspecto triste, como comprimido bajo la abundancia de sus rizos rubios; de hecho, después me pidió si, por favor, no podía llamarla simplemente Sam-,

cuando Sam estaba entrando, se me escapó una estupidez: “¿estoy presentable?” A una niña, ¡imagínenselo! Encima me acababa de cambiar para cenar sola a la luz de las velas. Cuando la vi me acordé de que Irene, la madre de Samarcanda, es estilista de moda. Me hubiera disgustado no estar a la altura.

“Estás de modísima, esa falda ribeteada es lo más, los cortes son los imprescindibles, te lo juro”.

Lo diría por cortesía. Ella llevaba un vestido neo-nostálgico a la última, en una deliciosa tela de saco con aplicaciones de patatas sintéticas, pero parecía sincera. Es más, conmovida; le temblaban extrañamente los labios.

“¿Me podrías prestar una media hora de tiempo online?” me pidió suplicando, “porque tengo que hacer los deberes y no puedo, porque mi maestra electrónica está bloqueada. Porque mi madre debe de haberse olvidado de pagar la factura, porque mi madre está...” y en aquel punto la educada, la bien educada Sam se transformó en un pulpo lloroso. Daba vueltas sobre sí misma en el suelo, estirando brazos y piernas por doquier. Pataleaba. Estuve un buen rato tratando de inmovilizarla e intentando entender qué gritaba mientras. Al parecer, Irene se había marchado de casa hacía una semana y todavía no había vuelto. Ahora me explico que hubiera tanta tranquilidad. Las paredes aquí son tan finas que muchas veces puedo poner en hora el reloj según las peleas de Irene y Sam; con que solo levanten la voz un poco - una media de siete veces al día- lo oigo todo como si estuvieran en mi propia casa. Hasta esta tarde la niña no se había preocupado, porque al irse Irene la dejó con muchas cosas y le había dicho que se portase bien, que no abriera la puerta a nadie y que a su regreso se llevaría una gran sorpresa. Me parece, en cambio, que la sorpresa va a ser muy desagradable. Una desgracia. Aunque yo a Irene la había visto pocas

veces, su voz me hacía compañía. La echaba de menos. Pero sobre todo, más la iba a echar en falta su hija.

Después de tranquilizarse, hicimos juntas los deberes de la escuela. Poco reconfortante, se trataba de un trabajo sobre las mujeres en los países no industrializados, y ¡qué de cosas salieron de la base de datos! Miseria, enfermedades, desastres naturales, hombres que las someten y las obligan a estar entre mujeres, sin vida social y con todos sus hijos muriéndose de hambre... ¡Cuán afortunadas somos, nosotras!...

Para invitar a cenar a Sam, me bastó solo con duplicar las dosis de mis porciones en mi *Cocinero Perfecto*. Durante y después de la cena, la niña no paró de hablar. Había tomado confianza, tanta que se puso a curiosear por mi casa de una manera bastante indiscreta. Al ver sobre el escritorio ese cuaderno, lanzó un grito: “¡Tienes *El hada retocada!*!”.

“¿El qué?”

Se refería al dibujo que había sobre la tapa, una especie de joven top model de enormes y perplejos ojos; una cinturina de avispa; alas de insecto, las piernas largas de aquí aquí; y las tetas, dos volúmenes cónicos inquietantes. Todo sobre el fondo de un cielo en colores acaramelados. Debe de tratarse de una famosa heroína de los dibujos animados, porque mi pequeña invitada estaba sorprendida, es más, casi escandalizada de que yo no la conociera. La había desilusionado. Y más aún, porque cuando yo estaba tratando de recuperar posiciones me atreví a decir que este *Hada Tocada*, bueno, que era graciosa.

“¡Pero qué tocada! Re, con re al principio” me corrigió de manera severa Sam, “retocada”. “Es un hada retocada, ¿no la ves? ¿Eres tonta?” Y aceptando, evidentemente, que yo era tonta pero reutilizable, se puso a contarme todo la historia del dibujo animado, comenzando desde cuando el

hada todavía tenía las piernas cortas y los ojos pequeños. Después siguió con sus poderes mágicos, es decir, con las operaciones de cirugía plástica una tras otra, que me pregunto yo, ¿qué clase de magia es? Por lo visto, esta hada provoca cambios instantáneos con un golpe de varita mágica, sobre sí misma y sobre los demás personajes. La muñeca no, dijo Sam. La muñeca del Hada Retocada, la más deseada entre las niñas de hoy, la más vendida, no es capaz de transformar nada, ella la tiene y lo sabe. Pero a ella le gusta un montón, porque dentro tiene una micrograbadora con varias conversaciones y se puede hablar, y bla bla y bla bla... Cuando por fin Sam se fue, tuve que tomarme dos pastillas para el dolor de cabeza.

VIERNES

Trabajé todo el día. Ayudé de nuevo a Sam a hacer sus deberes. Esta vez no la invité a cenar a casa. Acordé entre yo y mí misma, que si la madre no regresaba el lunes, la factura de la maestra electrónica la pagaría yo: tiempo ganado para mí.

SÁBADO

Creo que para Irene ya no hay esperanza. Hoy me he sorprendido a mí misma muchas veces con el oído pegado a la pared medianera entre mi casa y la de mis vecinas. En un determinado momento, extrañada por el silencio, hasta salí a la pequeña terraza - los dos pisos dan a la misma terraza, que en teoría serviría para tender la ropa, pero obviamente nadie la usa nunca -. Salté el muro que la divide a la mitad y husmeé desde el cristal de la puerta. Tenía ciertos remordimientos por no haberla dejado hablar y desahogarse a la pobre Sam... Allí estaba tranquila, jugando con su muñeca.

Al atardecer, la oí llamar con todas sus fuerzas a su madre, pero nadie le contestaba nunca. Yo sé lo que se siente cuando alguien que amas te abandona... Si este diario debe servir para algo, mira, ahora tengo que escribirlo. No perdonaré jamás a mi ex marido el haberme comunicado su decisión de dejarme por fax. Podría haber tenido al menos el valor de decírmelo por teléfono. En cambio ni eso. Un mensaje de tres líneas para avisarme de que pasaría una empresa de transporte a recoger sus cosas y stop. Continúa la carta del abogado, el canalla. ¿Pero de qué me quejo?, lamentarse es inútil. En este mundo no hay hadas que te puedan escuchar y vayan corriendo a rehacerte la existencia. Si a la madre de Sam la han matado de verdad, como creo, ¿quién se va a ocupar de la niña? No recuerdo haber escuchado ni visto jamás a un padre, por ahí. La habrán concebido en una probeta. Buena la ha hecho Irene. Quería una hija y se la fabricó para sí sola, sin el incordio de hombres irresponsables que te traicionan hasta la saciedad y después aún van a explayarse con aventuras por doquier. Estoy casi segura de que mi ex marido se ha ido a uno de esos sitios subdesarrollados “donde la tierra siguió siendo tierra, el mar se mantuvo mar y los hombres continuaron siendo hombres”, como dice la propaganda para los turistas. Y donde las mujeres siguen siendo ridículas, digo yo. Pero no se puede tampoco traer al mundo a alguien y después dejarse matar como si nada. Pues no. Ya estaba decidido. De la niña me voy a ocupar. Y paciencia con el dolor de cabeza.

DOMINGO POR LA MAÑANA

Estoy harta de este diario inútil. No tengo nada que escribir en él. Nada por vivir.

DOMINGO POR LA NOCHE

¡Y en cambio, sí! ¡Demonios, demonios, demonios! Calma. Comencemos desde el principio. Mientras yo estaba viendo el famoso programa televisivo “¡Escoge a tu víctima!”, en el piso de al lado estalló un ruido endiablado. Sam gritaba “¡vete, sal!” y “¡no te creo!” y otra vez de nuevo “¡vete, sal!”, junto a ruidos de cosas que se rompían, como si fueran vasos, platos o detalles que lanzaban contra las paredes, incluso contra alguien. Me pareció oír, de hecho, una segunda voz. Habrá regresado Irene, pensé. Por eso sólo me limité a alzar el volumen del televisor un poco nada más. Una discusión normal entre madre e hija. Pero después se escuchó un portazo en la puerta de la terraza, y esto ya era menos normal. Luego... detrás del cristal, en mi balcón, ¡un hombre!, que miraba desde fuera. Me puse en pie de un salto, asustadísima. El tipo estaba levantando los puños para romper... no, para llamar por el cristal. Parecía desarmado. Resoplaba. Y también dijo con claridad: “Julia, le suplico, déjeme entrar”. ¿Cómo podía saber mi nombre? Y, ¿qué hacía ahí, en la terraza, sin respirador y sin máscara, aquel joven rubio y delicado? Delicado, un poco demasiado. Estaba ya comenzando a tener la cara morada, sofocado, con sus grandes ojos verdes, o azules, que lagrimeaban. En un arrebato de compasión y sin considerar las posibles consecuencias, abrí la puerta y lo dejé entrar en mi casa. Mientras el desconocido se recuperaba del principio de intoxicación, lo observé muy bien. Con algunos años más de aquellos que a primera vista le di. Sobre los treinta cinco, más o menos. Estilizado, elegante. No estaba nada mal para tratarse de un ladrón o de un vulgar y enloquecido agresor. Y lo más extraño era que me parecía... no, no que ya lo conocía, sino que lo conocía de siempre. Por eso luego no me asombré tanto cuando, una vez que recuperó el aliento y después de lloriquear como un histérico, me contó que, a pesar de las apariencias, él era mi vecina, Irene, transformada... ¿Qué pensaba yo de “Ireneo”? Para un hombre es un nombre bonito,

porque quiere decir “hombre de paz”. Pero Samarcanda, en cambio, se quedó espantada, pues no quería aceptar ni creer que ella, o sea, “él”, que él lo había hecho por su hija, por ella, solo por ella. Porque, me explicó Ireneo, las teorías pedagógicas más modernas condenan las relaciones exclusivas entre una madre y una hija. Mientras es pequeña, sí, está bien, la ternura y el amor materno es todo, pero después no, después se necesita un padre. Y en nuestros tiempos, con la dificultad que hay de encontrar figuras paternas disponibles y encima, con la facilidad que hay de cambiar de aspecto y de sexo... La idea le vino, lo confesó, viendo esas series de dibujos animados que tanto le gustaban a Sam. Creía que lo estaba haciendo bien, pero ahora...

“Julia, me he equivocado en todo.”

“No lo sé” le dije, mientras yo miraba distraída la mano con la que Irene-¡Ireneo!, estaba atormentando un mechón reluciente de sus cabellos cortísimos. Una mano cuadrada, fuerte, consistente. “Perdona, ¿pero tú... quiero decir, con este cambio de sexo... has ido... es decir, hasta el final?”

Él se levantó de repente, caminó hacia delante y hacia atrás por el pasillo con las manos metidas en el bolsillo del pantalón, como reflexionando, o avergonzado. Después se paró y me sonrió.

“Sí, claro. Nunca me gustaron las cosas a medias”.

“Entonces, sin problemas... quiero decir... verás que Sam se va a acostumbrar. Entenderá que tiene mucha suerte, por tener por madre... o sea por padre, a una persona tan... valiente y sensible”.

“¿Tú crees?”, dijo conmovido.

“Oh, sí”, le contesté, mientras le miraba directamente a los ojos, azules -son azules y profundos y más sinceros que un lago de montaña de

otros tiempos-. Yo sentí en mi pecho un palpitar de latidos convulsos, suaves y duros como una lluvia de arroz.

Stand by me...

tr. Ángela Galván Campanero

Me había puesto ya el jersey blanco y esperaba en la terraza, a oscuras, tiritando con el viento del océano.

Aquella noche era todo un espectáculo. Las olas espumosas, largas y rabiosas arremetían contra la playa como si quisieran comérsela, y luego a mí. Había incluso una lengua, algo así como una hoja de luz lunar, que, filtrándose por un cúmulo de negros nubarrones, cortaba exactamente en dos la agitada superficie. Un escenario adaptado a un thriller. Yo me sentía nerviosísima, pero feliz.

¡Qué extraño! Sentía como un hormiguelo por las piernas, como si muchos bichitos en fila se me estuvieran subiendo encima... De las nubes saltó un relámpago, después, un trueno me ensordeció. Sentí cómo mi pelo se encrespaba y se me levantaba desde la nuca. Claro, sí. Eso era, una tormenta de verano se estaba acercando. Me envolví en el jersey y me puse triste. Debería de parecer cómica así sola ante el mar, temblando, con el cabello al viento como con un halo dorado y con la piel de gallina en un kilómetro de piernas desnudas... porque, naturalmente, debajo del jersey no llevaba nada.

A Jack le encantaba aquella fea costumbre mía de no llevar ropa interior. Aunque justo eso es lo que había provocado el malentendido del 19 de mayo que nos había tenido distantes seis semanas. Pobre Jack, le había puesto en una situación embarazosa el día de su cumpleaños, pero yo lo

había hecho con buena intención. Pensaba que para él iba a ser un regalito más verme allí con aquel vestido ajustado color carne que resplandecía con seis mil cristalitos y parecía gritar: “Arráncamelos, arráncamelos”. Lo sé, me había equivocado. Había sido una imprudencia por mi parte, destaparme así en su fiesta oficial ante centenares de exaltados representantes de los medios de comunicación y por consecuencia de su mujer, que se había guardado bien de venir a oírme cantar “Happy birthday Mr. President” con mi voz enamorada. La muy bruja debe de haberle dicho de todo después.

En efecto, desde aquel día Jack no me había vuelto a llamar más y si llamaba yo, él hacía por no ponerse: “El Presidente está en una reunión con los servicios secretos, el Presidente está en una reunión con los expertos en misiles”. ¡Uff! No sabían ya que más excusas darme para mantenerme lejos de él. La última vez incluso me dijeron: “El Presidente no puede ser molestado, está decidiendo si hacer saltar por los aires el mundo o no”. Me habían puesto en el disparador. Yo debía de estar realmente fuera de mí si realmente les respondí eso de que le dijeran al Presidente que o se ponía al teléfono o le hacía yo a él saltar por los aires. En realidad no tenía ninguna intención de mandar a los periódicos mi diario privado, pero en los primeros años 60 éramos todos así. Estábamos convencidos de que las bombas atómicas eran el mejor sistema para ganar una guerra aunque no las usaras. Bastaba solamente con tenerlas.

En definitiva, Jack se puso inmediatamente al teléfono, se disculpó y me explicó los problemas con su mujer, que estaba obsesionada con él; con los cubanos, que no le dejaban dormir; con los rusos, que le estaban volviendo loco... Resumiendo, fue muy cariñoso. Le perdoné al instante.

Acepté esperar a que encontrase el momento de hacerme un hueco en su agenda a mí también. En el mismo sitio. Nuestra romántica casa frente al mar, prestada por el discreto amigo de siempre. ¿Pero cuándo?, él no sabía

ser más conciso que un “enseguida, querida”. Por eso, en mi jersey de lana natural, y un poco áspera sobre la piel más delicada, esa noche del último verano me sentía de verdad emocionada. ¡Le esperaba desde hacía tanto...! Con los relámpagos y los truenos de la tormenta que se acercaba tenía miedo por él, aunque después de oír el ruido inconfundible del helicóptero, solté un enorme suspiro de alivio: Jack estaba sano y salvo. Estaba aterrizando en el tramo de la playa protegida por los árboles que había detrás de la casa, como solía hacer. Allí vi saltar al grupo de marines vestidos totalmente de camuflaje, que iban desapareciendo rápidamente en la oscuridad, chicos valientes, siempre tan discretos... Tenerlos cerca me daba también a mí seguridad.

Con el corazón en la boca de alegría, corrí dentro de la casa. Mis pies volaban por la moqueta, casi sin rozarla. Atravesé el salón hacia la puerta que se estaba abriendo. Aquí está. ¡¡¡Por fin!!! Mi guapísimo presidentazo protector, de radiante sonrisa, de anchísimas espaldas... Parecía menos alto, más delgado, un poco menos imponente, un poco más... ¿joven? ¡Caray con mi terrible miopía! Debía de estar casi en sus brazos, antes de darme cuenta de que aquel no era Jack. Era Bob, su hermano.

Pero, ¿tú qué haces aquí?, le pregunté más tarde, después de lograr sacarme de la boca su corbata toda enrollada, que más que nada me estaba ahogando porque no era de seda pura. Era de rayón, lo que se usaba entonces, y a mí la fibra sintética me ha dado siempre una alergia muy adelantada a mis tiempos.

“Y ¿Jack? ¿Dónde está? Cuando sepa que tú...” “Tranquila bombón, Jack no se enfada” me dijo muy contento ese delincuente ofreciéndome su mejor sonrisa impertinente desde arriba. A mí me pareció más bien la sonrisa de un tiburón, pero cuando las cosas las ves desde el otro lado, no puedes apostar por su significado y yo estaba todavía tendida sobre la

moqueta mientras Bob se había dado la vuelta y andaba para atrás a cuatro patas buscando por encima de mí no sé qué, quizá los calzoncillos. A su sonrisa la sustituyeron enseguida un precioso par de ojos azules y después una gran mata de pelo. Así era imposible analizar nada.

“¿Cómo, cómo?! ¿Que no se enfada?!”, solté, “Tú..., tú..., tú vienes aquí a robarle la amante a tu hermano y yo...eh...” Conseguí decirlo antes de que Bob encontrara lo que estaba buscando y me lo metiese en la boca en lugar de la corbata. Lo que buscaba no eran los calzoncillos, era la camiseta interior, algodón cien por cien. Se volvió a dar la vuelta, se me sentó en la barriga y me miró fijamente a los ojos con su mirada de niño inocente.

“Jack lo sabe. ¡Quieta! No te agites, es inútil que te muevas. Las mujeres que se mueven y hablan me ponen nervioso. Ahora te lo explico todo: No podía venir, ha tenido un contratiempo en el último minuto. Las Naciones Unidas, el Vietnam... no sé, una cosa de esas. Así que me ha llamado y me ha dicho: “Bobby, después de todo este tiempo que ha estado esperándome, sería una verdadera crueldad dejarla sola en aquella casa vacía. Es la mujer más bella del mundo, pero también es la mujer más insegura y no quiero herirla. Quiero darle a entender que la quiero, pero esta es tu ocasión Bobby. ¿Crees que yo no sé que estás coladito por sus huesos tú también? Ahora ve tú esta noche. Ve con ella y sustitúyeme.” Así me lo ha dicho y le he preguntado si por representarle entendía por representarle en todo. Me ha dicho que eso únicamente dependería de ti.”

“¡Eh!”, he protestado y Bob se ha echado a reír. Ha soltado las manos y como consecuencia mi garganta se ha convertido toda ella en un nido como de lombrices por la reactivación repentina de la circulación. “Lo sé, lo sé y me disculpo”, dijo Bob. “En efecto, temo haberme precipitado un poco, pero debes entender que lo había soñado tanto que... Al verte, he perdido la

cabeza. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?”. He tratado de no alterarme y al final lo ha entendido. Ha dicho: “¡Oh, qué imprudente! Perdona, pero es que es una vieja costumbre con Ethel”, y no solo me ha quitado la camiseta de la boca sino que se ha levantado un poco de mi diafragma, así que he conseguido hablar. “¿Ha dicho que realmente no quería herirme?” “Palabrita del niño Jesús”, ha dicho Bob levantando los dedos haciendo la señal de los boy scout.

Me he puesto cautamente a sonreírle. Después, para conseguir más tiempo he tosido un poco. No conseguía creerle, pero parecía verdaderamente sincero. “¿Eh...?” “¿Y...? Di algo bombón, tu voz es tan ronca como excitante”. “Y... Jack no hablaba por hablar cuando decía que tú también... Vamos, aquello de coladito por sus huesos”. “¿Qué estoy enamorado de ti? Pero Marilyn, ¿cómo puedes dudarle? ¡Yo te amo hasta la locura! Te amo tanto que mira, hasta podría matarte”.

El señor con el que estoy ahora dice que nada era verdad. Dice que esos dos se habían aprovechado de mi necesidad de calor humano. Vamos, que me habían tomado por el pito del sereno. Dice que Jack me había cedido a su hermano porque yo me estaba convirtiendo en algo demasiado peligroso, para su carrera o para la seguridad nacional. Dice que para ver las cosas también desde otro punto de vista no hay que olvidar que Bob era un óptimo abogado. No fue difícil para él convencer a su hermano mayor de que le pasara el juguetito en lugar de deshacerse de él inmediatamente dado que quedaba pendiente el asunto del diario perdido. “Por lo menos Bob me amaba, me quería” rebatía yo siempre. El señor con el que estoy ahora me sonrío con ternura y dice con un infinito afecto: “Mi niña, y ¿quién no te quería? Tú eres Marilyn Monroe, no un trapo de fregar suelos. ¿Te decides a creerlo o no? Hoy te aman todos e incluso ayer cuando estabas viva eras muy amada, pero no por esos dos. Esos dos realmente no te querían”.

“Será”, mascullo yo mientras frunzo el ceño, “pero para mí que con Jack y Bob has exagerado, pobrecillos, asesinados los dos. Yo seré demasiado buena como dices, pero Tú has sido un poco... demasiado vengativo”.

Y ahora a Él le entra la risa y yo me tengo que aguantar por millonésima vez su cita preferida de entre todas las de mis películas. Ya lo sé que ahora la va a decir. Ahora la dice. ¡Ahí va!: “Nadie es perfecto”.

“Ficticio, y precioso...”

**La probable historia de Guido Gozzano y de la
señorita Felicita ¹**

tr. Teresa Gil García

En 1907 el "tipo de dos piernas llamado guidogozzano" era un rubio de veinticuatro años, frágil, con las orejas un poco despegadas y los hombros caídos. Ese mismo año le había ocurrido de todo: la publicación de su primera colección de poesías, los primeros intercambios de cartas de amor con su colega Amalia Guglielminetti, el primer ataque serio de tuberculosis. Descubrir que padecía la enfermedad del siglo anterior le había afectado a su sentido del humor. ¿Cómo es que, precisamente él, el antirromántico por excelencia que había cantado al primer y verdadero ritmo de la crisis del siglo XX, podía morir de un mal del pasado?

Por ese golpe, sus versos se afilaron. Redujo los adjetivos. En ese momento ya casi estaba preparado para escribir una poesía magnífica. Solo necesitaba de un ligero toque, tan ligero que podía llevarlo a dar un paso adelante en sus deseos e inmediatamente otro atrás en la realidad. Necesitaba un modelo de vida que envidiar. Y aquí intervengo yo.

“Felicita, ¿por qué estás escondiendo las revistas?”, preguntó mi padre, intentando explorar aparentemente la cazoleta de su pipa. “Querido papá”. Yo le podía cambiar de sitio los muebles del salón en sus narices sin que se diera cuenta, pero le bastaba el sonido de una hoja para ponerse en guardia. “¿Te has olvidado de que esperamos una visita?”

“Ah, ya, tu amigo de la ciudad, la joven promesa de la literatura...”. “El abogado, papá. Acuérdate de llamarle *abogado*, y si le pides también algún consejo legal sobre nuestra propiedad, mejor aún”. “Mejor, ¿dices? No lo sé. Abogado o poeta, siempre es indiscreto importunar a un invitado con historias de... ¿Pero cómo te has vestido?!” Había levantado los ojos y los abrió con una extrañeza tan ofensiva que, de repente, me sentí insegura: “Estábamos de acuerdo...”, musité, “¿Es que no te acuerdas? En esta casa somos gente sencilla, nosotros, con dinero, pero sencillos. Y yo me he vestido como tal ¿No te gusta mi peinado?” “Ridículo” lanzó él, y se puso a caminar de un lado para otro, entre el sofá de color corinto y el espejo. “Todo esto es ridículo. Por tu culpa y la de tus amigas, y por la mía también que no sé decir nunca que no. No es que me importe esta imagen de ignorante que voy a dar, pero tener que ver a mi única hija vestida de criada y además orgullosa de esas trenzas de tonta... sacadas igualitas de un ambiente de Vermeer, además... ¿Pero te has visto? Estás casi fea, sin ningún encanto”. “Esta me la guardo”, dije yo, con una mueca de niña traviesa. Con los años, menos mal, papá se estaba volviendo más pedante y más distraído, pero no perdía la memoria. Y en cualquier caso, ya era demasiado tarde para volverse atrás. Estaban llamando a la puerta y Maddalena iba a abrir, Guido Gozzano había llegado. Me coloqué la falda que había pedido prestada y salí a saludarle, un poco nerviosa todavía. En realidad no tenía nada de qué preocuparme pues la escena era perfecta. Fue perfecta todo el mes. El primer día le enseñamos los salones: olor de sombra, olor de pasado, olor de desolado abandono... Y mientras él observaba los dinteles de las puertas decorados con temas mitológicos, nosotros gritábamos que a lo mejor nos habría gustado tirar lo viejo, renovar la casa, aunque con lo que cuestan las obras. A propósito de trabajos, ¿al abogado no le gustaría un paseo por el jardín, mejor aun, por el huerto? Mi padre se mostró impecable en su lado agreste y no le libró de

sus lamentaciones sobre la pereza de los peones y los elogios a los cogollos de lechuga. Al contrario, me superó a mí incluso cuando le contó *motu proprio* un novelón entero sobre cómo y por qué esta villa aristócrata había llegado a las manos de unos burgueses como nosotros. Que si la última marquesa había escapado, que si el escándalo y que si el fruto del pecado, y que si los gastos excesivos, y las hipotecas, y el enorme lío de las inscripciones en el catastro en aquel lejano 1810...

Tanto le aburrió que cuando yo le abrí la puerta del saloncito y me presenté ante él con la bandeja, el mantelito de encaje y las tazas de café desparejadas, le parecí algo digno de amar, y así fue. Yo fui un resplandor magnífico en la oscuridad: *veo tu boca roja otra vez/ tan amplia al reír y al beber/ y el rostro cuadriforme sin cejas/ cubierto todo de difusas pecas / y los ojos de pupilas sinceras/ azules, como porcelana buena*. Le quise, es verdad, a la manera gozzaniana. Por él he estado en silencio tardes enteras, he sonreído, he estado atenta. Las más de las veces, me hablada de mariposas, del Parnassus apollo, de la Pieris brassicae, y de la Ornitottera pronomous... "Ve usted, en las crisálidas se distinguen dos lados opuestos, el dorso y el vientre. En el vientre se aprecian resaltes hechos y dispuestos como las vendas que recubren las cabezas de las momias. El dorso es dentado y rugoso..." Y yo detrás, remendando las sábanas de lino, muy contenta, segura, tonta.

Pero cuando oí que elogiaba con tono melancólico la pelusa dorsal de la Acherontia atropos, esa mariposa enorme llamada vulgarmente *esfinge de la calavera*, me di cuenta de que el crepúsculo había llegado demasiado lejos.

Me levanté, con inocencia le propuse que nos pusiéramos a cubierto y, de escalón en escalón, llevé a mi presa a la buhardilla. El sensible Guido quedó impresionado por el retrato de la marquesa. Una obra realmente

interesante, que puede atribuirse a Appiani. Había sido difícil llevarla al desván, pues mi padre no quería y no quería, pero esa blancura neoclásica suntuosa contra el fondo oscuro de los muebles en desuso provocaba, a mi parecer, un efecto especial y definitivo. Me puse a susurrar con una ingenuidad muy creíble alguna frase entrecortada sobre temores infantiles. Tapándome la boca, insinué que la marquesa a veces salía del cuadro para pasearse por los pasillos. Guido me sonrió con clara superioridad y pasó a interesarse por otro asunto. Yo tenía razón. Sin maquillaje, mi parecido con ella, con mi tatarabuela, no llamaba la atención. Pero la sensación de triunfo por ese pequeño engaño enmarcado en otro más grande, me enardeció. Con el grabado de Torcuato Tasso coronado de laurel incluso exageré. Ninguna chica de pueblo hubiera preguntado por qué llevaba ese señor una rama de cerezo en la cabeza. ¿Es que era tonta? ¿Cómo no se me había ocurrido pensar que las de por allí lo distinguen muy bien, el laurel? ¡Me había puesto en evidencia! Tenía que haber hecho un comentario más acertado sobre las hierbas que se echan a los asados. Pero Guido no se dio cuenta del error –precisamente- luego citó en la poesía mi infeliz frase sin darse cuenta de que desentonaba. Estaba emocionado, perdido en un sueño, en una meditación o en una fantasía. Lo tenía en un puño. Admiramos juntos *la pintura otoñal/ desde el lucernario barroco, oval/ de bastidores tupidos, donde la trama/ del cristal deformaba el panorama/ como un antiguo esmalte irreal./ Ficticio (y precioso)...* Y en ese momento, se habló de matrimonio, claro, y después nos llamaron a cenar, y más tarde, como siempre, vinieron el médico y el notario para la partida de cartas.

Había mucha gente en mi complot. Yo, además de a mi padre, había tenido que persuadir prácticamente a todos los adultos del entorno para que no se les escapara ni una palabra sobre mi carrera. Y había sido difícil porque en aquellos tiempos las mujeres que estudiábamos éramos bichos raros y por tanto era un tema de conversación muy interesante.

Por suerte, yo tenía un válido aliado en el farmacéutico, pues, ya que él escribía versos, a veces era capaz de ponerse en el lugar de un artista; aunque pienso que tampoco entendía muy bien el fin, o al menos, el sentido de mi operación cultural. Así que dejé que los demás siguieran creyendo que yo estaba dándome un capricho más elaborado que los de costumbre. Aunque tras un mes de todo ese teatro con un solo espectador, había quien ya no aguantaba más. El alcalde decidió anticipar su viaje anual y, diciendo que tenía que ir allende mares y montes, se fue a Londres con sus baúles de camisas que planchar –trescientas sesenta y cinco, más una para los años bisiestos, porque según él no había lavanderías mejores que las inglesas-. Pero lo mayor ya estaba hecho. La segunda fase de mi intervención sobre Guido solo necesitó de pequeños ajustes. Demostré algún síntoma de romanticismo, estuve pesada e incluso hasta ñoña con estas demostraciones normales de pudor propias de las jóvenes casaderas. Más tarde le ofrecimos un toque magistral de vulgaridad con las charlas del amable farmacéutico que le comentaba acerca de mi exigua dote y de las habladurías que circulaban en el pueblo...

Cuando Guido Gozzano se fue, todos estábamos muy contentos. Él, porque ahora ya tenía a su más bella “rosa no recogida”² que echar de menos; nosotros, porque ya no podíamos más de toda esa vida sana. Mientras yo me ponía otra vez esos vestiditos míos de Poiret y volvía a buscar como una posesa los cigarrillos turcos que tan bien había escondido, mi padre se puso a rellenar las fichas que enviaba a Viena... porque pocos saben que era mi padre el que le mandaba a Sigmund Freud el material en bruto para sus casos clínicos. Ese año él estaba trabajando, creo, en la relación entre la escritura creativa y los sueños con los ojos abiertos, pero esta es otra historia. Cuando encontré los cigarrillos, no tuve que hacer más que esperar las postales de la Guglielminetti. Amalia me mantenía al corriente de los progresos de Guido mejor que una revista literaria; y

precisamente casi de inmediato me mandó la primera versión de la poesía de Gozzano, titulada *La hipótesis*, pero no nos gustó mucho. Las dos estábamos seguras de que el joven podía dar más de sí, aunque tengo que decir que la pobre Amalia, con esos ímpetus para-dannunzianos y sus grandes sombreros de seductora liberty, no le facilitaba las cosas. A lo mejor, yo hubiera tenido que haberme ocupado más de ella y no de él. Pero hasta una musa tiene sus límites. ¿Cómo se puede hacer para inspirar a tu mejor amiga, a la que conociste en los bancos del colegio y que ya por entonces te ponía nerviosa? Me cuidé mucho de revelarle a nadie mi interpretación de la señorita Felicita, que yo había modelado sobre Amalia, aunque naturalmente de una manera muy distinta. ¿Sofisticada ella? Yo sencilla. ¿Requeteciudadana ella? Yo, de campo.

Con el paso de los años, puedo afirmar que esa fue la elección válida para ayudar a Guido. Y fue también una no muy mala venganza sobre esa pretenciosa de la Guglieminetti. Ahora, en la historia de la literatura, ella es una figura de segunda fila, una autora menor, un poco desvirtuada, mientras yo me paseo tranquilamente por la inmortalidad de los personajes. Pero esto lo sé ahora. En 1909, cuando se completó y se publicó *La señorita Felicita*, yo casi ya no pensaba en eso. Tenía otros asuntos de que ocuparme. Estaba en París con mi amiga Valentine de Saint-Point, me había cortado el pelo muy corto y había perdido la cabeza completamente por un tipo muy moderno, muy original, que con mi ayuda había publicado un manifiesto lleno de energía... ¡Simpático mi Marinetti! ¡Un poco exaltado eso sí, pero tan resuelto en las relaciones públicas y con las onomatopeyas!

Queremos glorificar la guerra... las ideas excelsas por las que morir y el desprecio a la mujer, decía el Manifiesto del Futurismo, y Valentine estaba convencida de que ella era la mujer. Pobre ilusa. Aunque ese ingrato de Filippo Tommaso no quiso nunca dar nombres, la que le inspiró *el*

insomnio febril, el paso de carrera, el salto mortal, la bofetada y el puñetazo, he sido precisamente yo.

1 - N. de la T. El título es un verso del famoso poema de Guido Gozzano, La Signorina Felicita ovvero la Felicità. Aquí se cuenta la probable historia...

2 - Esta historia sobre Guido Gozzano y la señorita Felicita vuelve a recordar otra poesía del poeta italiano, Cocotte: “Il mio sogno è nutrito d'abbandono, /di rimpianto. Non amo che le rose /che non colsi. Non amo che le cose /che potevano essere e non sono / state... Vedo la casa, ecco le rose / del bel giardino di vent'anni or sono!”

El desparejado

tr. Marta de la Presa

Al mirarse en el espejo para el Control de la Impecabilidad, Giov'Anna descubrió una pequeña manchita que, estaba segura, el día anterior no estaba ahí. Era muy mala señal. Si la piel comienza a rebelarse contra las leyes centrales produciendo decoraciones no autorizadas por cuenta propia entonces, ¿dónde iremos a parar? Por suerte la mancha solo había aparecido en la cara de la izquierda, la que, desde tiempos inmemoriales, se dedica a las creaciones emocionales de las jovencitas. Sus compañeras de la oficina pensarían que la vieja Giov'Anna-34 tenía problemas para aceptar su Paso a la Franja de Edad Racional y punto. Mucho peor hubiera sido que la mancha hubiese comprometido su cara derecha o incluso, ¡que Klaridad nos asista!, la cara del centro. Habrían invalidado sus ascensos hasta llevarla de vuelta al Nivel Inicial porque, ¿quién podría fiarse de una Funcionaria de Klaridad siendo presa de manifestaciones cutáneas irregulares? Lo externo es un reflejo de lo interno y esto lo saben hasta los niños Neutros, está clarísimo, pensó Giov'Anna estudiando preocupada la superficie de todas sus caras. Pero no, había solo una manchita, justo ahí, sobre la nariz de la cara de la izquierda... Qué forma tan extraña, parecía una línea negra seguida de una especie de pequeñísimo rizo, como si fuera un signo de interrogación... Perdida en estos pensamientos, Giov'Anna alzó el cuarto par de brazos para colocar un poco la compleja arquitectura de trenzas, perfectamente ordenada ya, que une las tres cabezas de toda auténtica Señora, frenando así su propensión natural a balancearse sobre

sus tres largos cuellos azules y, mientras tanto, se dedicaba a pelar con los brazos inferiores los últimos restos de pieles nocturnas, indiferente al hecho de que, como cada mañana, junto con los restos de pieles también caía al suelo su ordenanza Simbionte Sexual Nocturno. Como cada mañana, el Simbionte, al sentirse arrancado de su cálido y suave orificio, se echó a llorar con lamentos desesperados. “Basta ya, Elliot” dijo Giov’Anna irritada, “solo serán catorce horas. Y mira que anoche noté que había un halo de impureza en el suelo del módulo-salón. En lugar de estar cotilleando telepáticamente con tus amiguitos, intenta prestar más atención a la limpieza. ¿Vale?” “Pero yo te quiero”, se lamentó el pequeño Simbionte; sin embargo, ya había empezado, obediente, a comerse las pieles dispersas por el suelo. Giov’Anna estiró sus diversos brazos y, elegantemente desnuda, salió para ir a su oficina en el piso diecinueve de la nave espacial.

Había un ambiente típico de los días de trabajo pre-invasión, con varios Neutros que se apresuraban por entre los puestos de las Funcionarias sobre sus patines incorporados. Giov’Anna se dirigió con cautela hacia su trípode de elaboración. “¡Por Klaridad!” la saludó T’Nina girando ceremoniosamente una cabeza. “Igualmente” dijo Giov’Anna, vacilante. ¿Por qué la compañera la había saludado por la derecha? ¿Tanto se veía la mancha?, ¿tan grave era? Instintivamente Giov’Anna alzó un par de brazos para esconder la cara izquierda. T’Nina la miró con detenimiento y saltó del trípode en un torbellino de brazos extendidos: “¿Tú también? ¿Tú también?” chillaba, invadida por una incomprensible conmoción. Caras a caras con ella, por fin Giov’Anna se dio cuenta: la mancha encima de la nariz de la izquierda también la tenía T’Nina, exactamente igual. ¡Por eso la había saludado con la cabeza Logarítmica! ¡Para esconder la cabeza Emocional! Parlotearon juntas un rato, intercambiando las sólitras expresiones de solidaridad; pero, mientras seguían parloteando, llegó un

Neutro Exprés convocando a una Gran Asamblea extraordinaria del Grupo Dirigente. Giov'Anna-34 y T'Nina-106 se unieron a la fila de Funcionarias que se dirigían al módulo de reuniones y se dieron cuenta de que no eran una excepción. La extraña mancha con forma de línea y signo de interrogación en la cara izquierda la tenían todas, absolutamente todas.

Muy lejos de la nave espacial de la Señoras de Klaridad, a quinientos metros bajo el Túnel de Fréjus, en la Unidad de Crisis Planetaria gestionada en ardua colaboración por las Naciones Unidas y los Territorios Comerciales Terrestres Libres, un ingeniero chino miró el reloj y alzó el índice en un viejo gesto tradicional, dando a la Generala Isabel Arpista la oportunidad de decir por primera vez en su vida: “Bien, chicos, allá vamos. ¡Traed al prisionero!”, como en las películas de guerra del siglo XX. Un puñado de técnicos del norte y del sur de Irlanda empujó hasta el centro del salón una jaula blindada. La Generala se levantó, se colocó la falda, llegó hasta el pesado portón y entró, apresurándose antes en preguntar suavemente: “¿Se puede?”. “Adelante” balbuceó el prisionero extraterrestre, acurrucado como de costumbre al fondo de la jaula. La Generala se acercó a medio metro de él, se agachó y preguntó amablemente: “¿Un cigarrillo?” El Simbionte de Klaridad meneó la cabeza con un gesto de rechazo tan abatido que la Generala se sorprendió de nuevo al pensar que, por extraño que pareciera, aquel ser indudablemente alienígena, aunque de apariencia encantadora, era del todo idéntico a un hombre... Bueno, del todo no, debido a su obstinada tendencia a hacer pedazos y devorar todo tipo de indumentaria cada vez que se trataba de taparlo de alguna manera, se veía que el Simbionte estaba dotado de un aparato genital perfectamente normal en cuanto a su forma, pero de dimensiones... ¿desproporcionadas?, ¿inauditas? Para ser sinceros eran

bastante exageradas. Un joven marinero senegalés del comando panafricano que lo había rescatado vivo de la pequeña nave que se había estrellado contra la Cordillera Futa Jalón, se había suicidado dos horas más tarde, oficialmente debido al trauma de haber tenido que liberarlo a golpes del inmenso cadáver de una gigante azul con tres cabezas y ocho brazos. Aunque la Generala Arpista, que conocía a sus hombres, sospechaba que el pobre chico se había suicidado por pura humillación. Ella no tenía esta clase de problemas.

“Entonces, mi querido Bill-Athos, ¿cómo está todo por allí arriba? ¿Cómo van las cosas?”

“Y yo qué sé”.

“Vamos, vamos, no seas niño. ¿O quieres decepcionar a tu amigo Elliot? ¿Quieres decepcionarnos a nosotras, que somos tan buenas contigo?”

El prisionero agachó la cabeza y farfulló: “¿De qué sirve ya? Mi Señora Ka'Rla ha muerto, ha muerto...”

La Generala lo agarró por el pelo y le dio un fuerte tirón: “¡Por eso es por lo que tienes que colaborar, gilipollas! ¿Quieres que empleemos todas nuestras armas? ¿Quieres que mueran también las Señoras de los demás Simbiontes y que tu amigo Elliot se convierta en un desaparejado como tú?”

“¡No, no!” gritó Bill-Athos, horrorizado, y la Generala Arpista sonrió para sus adentros. Totalmente manipulables estos alienígenas masculinos, bastaba con emplear un poquito de psicología y se tragaban todas las patrañas que una les contaba. Mejor aún, eran tan ingenuos que no sabían ocultar nada, ni una emoción ni un plan de invasión secreto. Sin embargo, tratar con las féminas habría sido completamente distinto. Eran inteligentes, determinadas, tanto como para empezar a procurarse incluso un apoyo interno: en la India millones de fanáticos se congregaban ya en los templos

preparándose para recibir a las Nuevas Diosas que, según ellos, debían bajar del cielo para favorecerlos, mientras que cualquier otro imbécil habría adivinado que lo único que querían era ser también las Señoras de la Tierra, por desgracia totalmente desarmada tras la conversión de los ejércitos en, por increíble que parezca, útiles UPPYEA (Unidades Protectoras Paracaidistas en Yoga Elemental para la Apnea). Pero la Unidad de Crisis estaba dispuesta a mandar de vuelta al espacio, y para siempre, a las monstruosas criaturas, aprovechando los puntos débiles desvelados por el incauto Bill-Athos y la valiosa, aunque no del todo voluntaria, ayuda del Simbionte Elliot, jefe de una conspiración que llegaba en el momento oportuno.

“Adelante” prosiguió la Generala, “estás en contacto telepático con tu amigo y él está en contacto psico-hormonal con su Señora y todo ese rollo, así que ahora lo único que tienes que hacer es decirme cómo van las cosas por allí arriba, venga”.

“Las Dirigentes están reunidas” susurró Bill-Athos de mala gana. “Se han dado cuenta de que, en realidad, la mancha que les ha salido en la cara Emocional es una inscripción en caracteres microscópicos...”

“¡Microscópicos para ellas!” explotó la Generala Arpista que, en el fondo, tenía una personalidad colérica (aunque su riguroso adiestramiento no le permitía mostrarla: había asistido a la prestigiosa escuela de No-Paz de las Neo-Jesuitas). “¡Nos esforzamos al máximo para proyectar el mensaje con letras mayúsculas en la minúscula mente del estúpido de tu amigo y esas elefantas casi ni lo ven!”

“Las Científicas están ampliando la inscripción. Han llamado a las Lingüistas para interpretarla”.

La Generala se relajó e intentó sonreír: “¡Muy bien! Ahora pasemos a la Fase Dos, ¿te acuerdas? Fase Uno: atraer su atención para incitarlas a reunirse. Fase Dos: ¡atacar y convencerlas! Grábate bien en la mente esta imagen y transmítesela a Elliot”.

El extraterrestre cogió la hoja, la miró e hizo un gesto de disgusto.

“Pero, ¿estamos seguros de que esto va a servir para que las Señoras entiendan que los Simbiontes tenemos derecho a un trato más afectuoso?”

“¡Segurísimos!” dijo la Generala. “Puedes creerme, ¡lo juro por mi madre!” y le dio un beso en un esfuerzo por parecer sincera y convincente.

En el módulo de reunión de la Gran Asamblea extraordinaria del Grupo Dirigente de Klaridad, seiscientas noventa cabezas se giraron de golpe hacia Giov’Anna-34. Nunca se había dado el caso de que una Funcionaria gritase de repente de manera tan inapropiada, con todas sus bocas. Por ello, un murmullo de indignación comenzó a propagarse de trípode en trípode, interrumpiendo finalmente la exposición de la Lingüista An’Thonia y obligando a la Delegada Semanal a golpear a ocho manos la maza sobre la mesa de la presidencia.

“Como iba diciendo” continuó An’Thonia, lanzando un par de miradas furibundas a la Funcionaria gritona que, mientras tanto, había enmudecido y adquirido un tono violáceo muy poco favorecedor, “la primera parte de la inscripción en lengua terrícola estándar está clara y es traducible como ‘Me encuentro fatal’, pero la segunda parte sigue siendo indescifrable. Literalmente quiere decir ‘¿Tendrías una aspirina?’, que a mi modo de ver es una insensatez... ¡¿Y ahora qué pasa?!”

Otro grito triple había desgarrado el tenso ambiente del módulo de reunión y, un segundo después, hubo otro y luego otro más, y en menos de

un minuto más de la mitad de las doscientas treinta Dirigentes gritaba, enmudecía y adquiría un tono violáceo.

“¡Silencio!” suplicó la Delegada Semanal y después ella también gritó aterrorizada, enmudeció y adquirió un tono violáceo. Una imagen terrible había aparecido en su mente Emocional, transmitiéndose instantáneamente a la mente Armonizante y a la mente Logarítmica, que había hecho rápidamente las angustiosas deducciones. Al parecer, algo similar les estaba ocurriendo a todas. La última en pasar por la secuencia grito-enmudecimiento-tono violáceo fue la Lingüista An’Thonia, que fue también la que más tardó en restablecerse de la conmoción. Las Dirigentes cercanas a la tarima de las Oradoras la oyeron balbucear durante largo rato entre sí, sí y sí misma: “Me encuentro fatal, ¿tendrías una aspirina? Me encuentro fatal, ¿tendrías tres aspirinas?”.

Tras una agitada discusión se comprobó que todas las Dirigentes (doscientas treinta y una, incluyendo a la Delegada Semanal) habían recibido sucesivamente la misma imagen mental, que representaba a una mujer de clara tipología terrestre con una mueca horriblemente contraída, un cuchillo que le partía en dos su única cabeza y, repetida todo alrededor, la palabra “jaqueca”, no solo en lengua terrícola sino también en klarités puro. Según la antigua costumbre de hacer que una sola mostrase públicamente lo que todas sabían ya, la Dirigente que había sido la primera en recibir la imagen fue la encargada de exponer el problema. Por lo tanto, Giov’Anna-34, todavía con un tono ligeramente violáceo, sobre todo en torno al orificio inferior (que incluso en las mejores Funcionarias es siempre el último en recuperar el control), pero con las frentes bien altas de cara a la Asamblea y con voces seguras, dijo: “No sabíamos que existiese tal cosa. Habrá que investigar el origen de la imagen. Sin embargo, sea quien sea que la haya proyectado en nuestra mente, lo importante ahora es

que las imágenes nunca mienten. Lo que es al exterior es al interior. Por lo tanto, este extraño mal es claramente típico de los habitantes del planeta que nos disponemos a conquistar. ¿Será contagioso? ¿No lo será? En cualquier caso, y considerando por prudencia la hipótesis menos favorable, nuestra situación puede resumirse fácilmente en términos simbólicos”. Con un movimiento rápido llegó hasta la pizarra, cogió algunas tizas y con un par de manos dibujó una cabeza y un cuchillo, mientras con las otras seis dibujaba tres cabezas y tres cuchillos. Después, se giró de nuevo hacia la Asamblea y, utilizando solamente su voz central, preguntó con solemnidad: “Por Klaridad, ¿estáis dispuestas a correr el riesgo?”

“¡No!” respondieron a coro doscientas veintinueve voces centrales (la lingüista An’Thonia todavía balbuceaba con distintos tonos de duda: “¿Tendrías una aspirina?” y “¿Tendrías tres aspirinas?”).

Y así, la Gran Asamblea de las Señoras de Klaridad, la única especie de la galaxia que no había tenido nunca ni tres ni dos ni tan solo un dolor de cabeza, renunció a la invasión de la Tierra y de cualquier otro planeta susceptible de albergar aquel terrible mal. El periódico sensacionalista “Por encima y por debajo del Universo” hace mención de los doscientos treinta y un pequeños traidores que, comandados por el Simbionte Elliot, estuvieron durante muchos años luz intercambiándose telepáticamente guiños y felicitaciones varias, contentísimos porque, desocupadas y tremendamente aburridas, sus Señoras se pasaron la mayor parte del viaje de vuelta bien arropadas en sus pieles de dormir. En la Tierra, la astuta Generala Jefa del Estado Mayor Isabel Arpista se convirtió en Generalísima y fue invitada a numerosos programas de entrevistas de televisión, donde expuso con éxito rotundo el tema “¿Es cierto que las imágenes nunca mienten? No, no exactamente”. En círculos bien informados se rumorea que, tras una recomendación suya susurrada en un momento de cansancio a

la oreja del director del Círculo Recreativo “Resistencia del Poder Gay” de las Unidades Protectoras UPPYEA, también el desparejado Bill-Athos pudo disfrutar de una popularidad igualmente ancha y profunda, si no más.

Nota de la autora

En este formato digital, *Historias en la Web*, se pueden leer y difundir por Internet, con las únicas condiciones de que la distribución sea gratuita, que no se modifiquen los ficheros originales, y que en la página de difusión estén presentes los enlaces a mi página web. El texto se puede solo imprimir para uso personal y queda prohibida su reproducción sin autorización. Todos los derechos de autor son de mi propiedad. En otras palabras: Pido a mis lectores que sean correctos y que no comercialicen con mis cuentos en ningún canal de difusión actual o futuro.

Nota de las traductoras

La traducción ha sido realizada en el marco de las actividades del Grupo de investigación UCM 940989, “Aplicaciones de las tecnologías de la información y la comunicación a la traducción”, del que forma parte la prof. Teresa Gil García.

<http://www.ucm.es/info/italiano/>

Nuestra traducción es el resultado final, y más *visible*, de un estudio de la morfosintaxis del italiano en el marco de una asignatura de la licenciatura en Filología, el año académico 2011-12 en la Universidad Complutense de Madrid. Se trataba de analizar las estructuras de la lengua como instrumento de comunicación, capaz de generar y comprender textos orales y escritos. Entre los escritos ejemplares de que podíamos disponer, hemos escogido los de Carmen Covito por ser una autora que también ha ofrecido sus soluciones lingüísticas a la eterna cuestión de la lengua, que acompaña su devenir histórico. Necesitábamos además textos que pudieran fácilmente consultarse en la red, pues el tratamiento de la materia, nos hacía necesario la aplicación de las TICs. El análisis de la gramática del italiano, que se ha hecho con el fin de perfeccionar el idioma extranjero, elemento troncal en nuestros estudios, nos ha permitido valorar además las interferencias en el italiano de los españoles. La evidencia de estas marcas transcódigas se han resaltado especialmente en el análisis contrastivo entre ambas lenguas, por lo que el proceso de traducción ha servido además de buen ejercicio en este largo y difícil camino *in fieri* del aprendizaje.

En el mes de mayo, hemos podido realizar un seminario de trabajo con presencia de nuestra escritora, que ha cerrado con broche de oro nuestro esfuerzo de todo el año.

Todas nosotras nos hemos encargado del análisis un relato y posteriormente lo hemos traducido, dándoles unidad y forma de texto único, como trabajo final del curso impartido por la profesora Teresa Gil García, responsable también del seminario. Agradecemos a la profesora Teresa Losada Liniers, su colaboración.

Alejandra Matamoros Fernández, Alicia Casado Jiménez, Esperanza Gómez Nebreda, Cecilia Noemí Príncipe, Ángela Galván Campanero, Marta de la Presa Gómez, Teresa Gil García.

Biografía de la autora

Carmen Covito nació en Castellammare di Stabia, Nápoles. Vive y trabaja en Milán. Noticias y bibliografía completa en su web:

www.carmencovito.com

Obras de Carmen Covito traducidas al español

La suerte de la fea (Lumen 1994)

De por qué los puercoespines cruzan la carretera (Lumen 1999)

Historias en la web (e-book [Carmen Covito - Edizione d'Autrice](#) 2012)

Copyright

©2012 Carmen Covito - Edizione d'Autrice

<http://www.carmencovito.com>

Historias en la Web

ISBN 978-88-900599-2-6

Título original:

Racconti dal Web

(e-book, Carmen Covito – Edizione d'Autrice, 2001).

Los relatos de este texto digital han aparecido anteriormente en:

"Oggi, l'amore" en *Donna* marzo 1998

"Ma chi è andato sulla Luna?" en *Corriere della Sera* 17 Agosto 1998

"Bi-Sex più uno" en *Amica* n 40, 2 ottobre 1998

"L'elisir di Cambise" in *Corriere della Sera* 29 agosto 1999

"Stand by me..." in *Amica* n 34, 23 agosto 2000

"Non vero (e bello)" en *Corriere della Sera*, 22 agosto 2000

"Lo spaiato" ha aparecido con el título "Un mal di testa galattico" en una publicación no comercializada destinado al Colegio de Médicos con el título: *Nella mente delle donne. La scrittura. Quattro scrittrici per quattro storie*, Marchesi Grafiche Editoriali, Roma 1999